

BREVE VISITA

Esta mañana, cerca de mediodía, he estado viendo un mutante. Extrañísimo animal, ha capturado por completo mi atención durante un buen rato, y casi he perdido la noción del tiempo mientras lo observaba. Inmenso, brillante, metálico, elevaba hacia lo alto sus rígidas alas, abiertas y estáticas, frente a los edificios de ladrillo, junto a la vía elevada que atraviesa la ciudad. Otras veces era, lento, un gran círculo radiante y luminoso, como un sol iluminado por el sol. Pálido y bruñido, ofrecía entre sus escamas rectilíneas juegos de sombras y luces, de brillos y reflejos matemáticamente calculados por las parábolas perfectas de sus cuatro cavidades. Era esbelto.

No era el primero que veía. He conocido otros, y he tenido otras ocasiones de admirarlos. Incluso alguna vez, pocas, muy pocas, he hablado de ellos con otras personas que también los han visto. Por el contrario, no he encontrado referencias escritas a estos monstruos. Supongo que, en las ciudades pequeñas, su llegada a la localidad habrá merecido al menos un sorprendido comentario en algún breve suelto de la prensa del lugar. En las grandes ciudades, los periodistas están demasiado atareados con las guerras lejanas y las batallas intestinas de las corporaciones municipales, y nadie advierte su llegada si no es algún atento paseante que, de pronto, por azar, descubre su presencia y la transmite, aún atónito, a familiares y amigos.

También es culpa, en parte, de ellos mismos el ser desconocidos, y yo me pregunto si no será una especie de voluntad de pasar inadvertidos. No conozco aún un número significativo de casos, pero los que he visto en las ciudades más grandes están casi siempre semiocultos detrás de alguna esquina, como el que vi en Madrid, Castellana arriba, o en el centro de un pequeño parque al que casi no van ya más que jubilados y niños. En cambio, otros, como el que he visto esta mañana o el que encontré hace años en Valencia, llaman poderosamente la atención desde el centro de alguna concurrida plaza, atrayendo a propios y extraños con sus evoluciones sorprendentes.

En la ciudad en que vivo sé que hay al menos dos. Uno de ellos anida en el parque de Cervantes, junto a la Diagonal, aunque hace varios años estubo de paso por otras ciudades. Yo lo vi en Madrid, en la Universitaria, cuando aún nunca había visto ninguno, y aún recuerdo cómo me impresionaron su cambiante naturaleza y su extraña duplicidad; incluso hay quien afirma que no se trata de un solo animal sino que son dos dedicados a sus particulares tareas de reproducción. Pero yo esto no lo creo.

El otro está siempre en el monte, en el patio de un importante centro artístico y cultural, y suele recibir a sus visitantes bajo la forma de una linda mariposa. Es éste un caso extraño de mutante, pues le cuesta mucho modificar su aspecto, a pesar de tener, en principio, tantas posibilidades como sus hermanos. Quizá no está contento en su vivienda...

Sí, yo he visto ya varios, y su Creador habrá distribuido más, estoy seguro, por entre las ciudades del país, de algún modo tal vez aleatorio, o tal vez definido por inalcanzables criterios. Pese a su gran tamaño, o quizá gracias a él -quién sabe-, no llaman demasiado la atención; las gentes que pasan aprisa junto a ellos, con la mente ocupada, pensando en cualquier sitio al que precisan llegar rápidamente, son apenas conscientes de su existencia, e incluso los escasos paseantes, superados los primeros días de sorpresa, se acostumburan pronto a ellos y les dan poca importancia, como una rara planta venida de jardines orientales, obsequio de un excéntrico alcalde chino o indio.

He visto ya unos pocos, como dije, quizá tres, cuatro, cinco; ninguno como éste. Anida junto a las vías, no lejos de la estación, y allí he ido a visitarlo esta mañana. Aún no he comprendido su tremendo poder de mutación: con la sonrisa en los labios -pero no tiene labios- me ha explicado, siempre gráficamente, que acaban de batir no sé qué "récord" mundial de velocidad, que en los campeonatos de atletismo -o algo así- otros practican el salto con pértiga; que los boxeadores también saltan a la comba, y los gimnastas llegan a ser capaces de caminar con las manos. Y todo en un momento, sirviéndome de espejo transparente a través del cual ver la humanidad, mientras se transmutaba, portentoso, de ave en riachuelo, de sauce en nubarrones de tormenta. Ningún otro mutante me había conseguido sorprender hasta este punto.

Yo lo había entrevistado varias veces, desde el tren, en otros viajes al norte; siempre a la ida, a media tarde, pues el tren que suelo tomar para volver atraviesa la ciudad muy de mañana, cuando aún hay poca luz y yo estoy ya cansado del largo viaje nocturno, y en mi adormilamiento olvido asomarme a la ventana.

Y así viaje tras viaje, siempre al aproximarse el tren a la ciudad, recordaba su presencia y me precipitaba a los cristales para verlo pasar, fugaz, y distinguir siquiera unos instantes alguna de sus melodiosas mutaciones.

Por eso, aprovechando que hoy mi viaje era más breve, una excursión al norte más que un viaje, decidí a última hora esta visita; fue una excelente idea. Modificando los planes de los trenes a tomar, he hecho un alto en mi viaje, y he podido disponer de un par de horas escasas para ir a visitarlo. Ha sido amabilísimo conmigo, y me ha mostrado muchas de entre las infinitas imágenes hermosas que atesora su laberíntico cuerpo de mutante.

Ha sido algo difícil al principio. Todos los mutantes que yo he visto hasta ahora requieren de sus visitantes una peculiar actitud, relajando el control de la razón y permitiéndoles que sirvan de guía a la imaginación; pero también ésta ha de estar dispuesta a dejarse llevar allá donde el mutante la conduzca, recorrer paraísos o infiernos espirales, atravesar atmósferas y océanos, soñar en libertad y sin cobardía. Éste, el más poderoso, ha sido también el más exigente, y el que más relajación mental me ha requerido. He necesitado un buen cuarto de hora, o quizá más, para ser capaz de oír las veinte voces silenciosas, simultáneas, de sus rectas escamas de aluminio.

Y entonces, repentina pero sin sorprenderme, comenzó, lenta y rítmica, la danza de asombrosas mutaciones que nunca antes de ahora había visto. Angélico, humano y demoníaco, el pálido crujir de su potencia guiaba con firmeza mis sentidos, y hacía venir ante mí las figuras vitales, estáticas, difusas, que tal vez encarnaban los deseos de mi sobreexcitada fantasía. Como un sueño.

Primero una gran ave corredora, incapaz de volar, tal vez un avestruz u otro animal similar, recogía alimentos del suelo, picoteando como una gallina y extendiendo a la vez hacia arriba sus dos alas cortas, atrofiadas por la evolución de la especie; y tal vez hallaba un agujero bajo tierra donde esconder la cabeza, como indica el proverbio, pretendiendo que yo, pacífico enemigo observador, no existo, pues no me ve.

En seguida ha venido la imagen de un resorte, un muelle que la magia sujetaba, muy tenso y comprimido, y acaba de soltarlo; pero antes de completar su rápida extensión, la misma magia congeló su movimiento, creando esa sensación de imagen imposible, de equilibrio inestable que debió romperse ya hace tiempo; imagen que tiene sentido tan sólo en relación a un movimiento del cual, sin embargo, carece. Igual que la imagen, fundida y sobrepuesta a la anterior, de una niña que juega saltando a la comba, fotografiada flotando en el aire sin punto de apoyo, también

figura inmóvil que sólo puede ser en movimiento. Y aún una tercera, extraña interferencia entre las otras dos, del salto mortal, como un torbellino, de un hábil bañista lanzado desde un trampolín, suspendido en el aire durante su giro y rapidísima caída, eco imposible de una acción que habrá de quedar inconclusa para siempre.

Después vino el fantasma, un sencillo fantasma de tebeo, de juego de niños, de sábana inmensa que se te acerca y te habla con voz cavernosa, por entre la que se cuelan las carcajadas de tu jovencísimo amigo, que ríe si simulas voz de susto diciendo "¡Qué miedo, un fantasma!", y luego levanta la sábana y te guiña un ojo, y sigue bajo su disfraz buscando a otros amigos que le sigan el juego y se dejen asustar. Y a continuación una paloma se ha posado ante mí, batiendo sus alas tres o cuatro veces para vencer la inercia de su vuelo, echándose hacia atrás. Así se posan siempre las palomas, según creo.

Durante la visita ha pasado por allí Juanita, que vive muy cerca; yo no lo sabía. Hemos charlado un rato del mutante, que esperaba entre tanto, cortésmente, el fin de nuestra conversación. Ella está acostumbrada a verlo allí, y ya no se sorprende casi cuando lo ve evolucionar, aunque, según me ha dicho, le extrañó su llegada hace varios meses. Creo que era el primero que veía... Le hablé de mi interés por estos bichos, y quizá decida ahora mirarlo de otro modo, contemplar sus mutaciones... o quizá no. No importa.

Volviendo a atender al mutante, ví que me esperaba bajo la forma de un gallo, y en cuanto notó que le miraba levantó su cresta cantando en silencio su fugaz "kikirikí" de amanecer. Pero pasó en seguida a parecer un tobogán, y luego de nuevo el bañista, el que antes se lanzaba desde el trampolín, que ahora cruzaba las aguas nadando en depurado estilo mariposa. Y luego describió con precisión cómo ve deformada la palmera un colibrí, detenido en el aire ante sus hojas mediante su batir de alas velocísimo, relampagueante.

Me ha mostrado después el final de una dura carrera, atletas que se esfuerzan en lanzarse hacia adelante más deprisa que ningún competidor; y, a continuación, la noble y fiel cabeza de un alado Pegaso, de largas y hirsutas crines, que retuerce su cuello esperando impaciente la llegada de un jinete sobrehumano, capaz de acompañarlo en sus galopes por el cielo.

Después me mostró una espiral, y luego la cortó verticalmente. Era la rara concha de un nautilo, y pude ver con calma su interior, distribuido en curiosos compartimentos por tabiques internos muy delgados. Luego se transformó en erizo, y se hizo una bola volviéndose sobre sí mismo, de manera que sólo ofrecía púas a mi vista. Y del erizo luego nació un buho, que me miró con sorna, casi burlesco, y voló hacia los umbrales de un palacio, el palacio de las hadas o el del rey de los gnomos, cuyas puertas antiguas de roble se abrían ante mí, y tal vez prometían las once maravillas del Olimpo a quienes se atreviesen a cruzarlas... pero yo dudé entonces, dejé perder al buho, las puertas se cerraron, y me encontré de nuevo junto a la vía elevada, ante el mutante, que daba por terminada mi visita. Creo que para entonces mi mente ya estaba agotada. Me despedí de él, volví hacia la estación, seguí mi viaje.

Si quieres, algún día, acércate también tú a visitarlo. Ven a verlo a Gerona; vive en la plaza de Europa, sobre la desviación a Salt pocos centenares de metros al sur de la estación. Lo creó seguramente Andreu Alfaro, y ahora, desde el centro de la plaza, da con sus eternas transformaciones la bienvenida a todos los visitantes que sepan cómo observarlo.

Y si pasas en tren, quizá hacia el norte como yo, estate atento a la llegada a Gerona; y cuando tu tren aminore la velocidad debido a la cercanía de la estación, ya sobre la vía elevada que atraviesa por completo la ciudad, de sur a norte, asómate a las ventanas que dan hacia el oeste. Pasarás cerca del mutante y, si tienes dispuesta una

porción de fantasía, tal vez veas cómo, más veloz que tu propio pensamiento, aparece Pegaso volviéndose nautilo, o el erizo abre un ojo de buho, casi despacio, y el otro repentinamente; o quizá el avestruz se cubra de una sábana para jugar a fantasmas, o se pose en el suelo como una enorme paloma que cante luego aguda, silenciosa, como un gallo al sol naciente; o tal vez cualquier otra de las veintitrés mil imágenes que esconde este mutante entre su piel surja de pronto, grandiosa, ante tu vista, por sólo las fracciones de segundo que tarde en alejarse el tren que te lleva, hacia la nueva y elegante estación donde se detendrá sin duda por pocos minutos.

Y cuando de nuevo tu tren se ponga en marcha, asómate otra vez a la ventana, y mira si puedes hacia atrás por un momento. Porque, si tienes suerte y ningún tren, detenido en las vías pares, lo oculta a tu vista, distinguirás con claridad entre los árboles la parte superior de su cuerpo central, observándote desde la distancia, y las puntas de sus largas alas que te muestran un camino al firmamento. Y si mientras tu tren se aleja lentamente aún puedes contemplarlo, y si él te mira lejano, y si consigues cerrar por un instante los ojos de tu razón manteniendo los tuyos abiertos, verás cómo las rígidas alas de la inmensa, brillante, metálica escultura se pliegan como una mano que te dice adiós, que te desea que seas feliz en tu viaje hacia el norte; y entonces sentirás correr por tu espinazo el leve escalofrío de un punto de locura, el punto de locura que puede convertir tu viaje al norte en la búsqueda de una ciudad, edificio, persona o historia que logren mostrarte en su mundo mutante la imagen eterna y necesaria de una nueva razón para vivir.

Y tal vez nunca vuelvas.

J L Balcázar
Setiembre de 1987
Transcrito y levemente revisado en Octubre de 2005